

Esas ideas, esos principios políticos, tan gratuitamente atribuidos á nuestro pueblo, son lo que llaman los jacobinos conquistas de la Revolucion francesa; y si es muy explicable que la Francia de 93, preparada por casi tres siglos de trabajos corruptores, por la marcha mas ó ménos encubierta de la Revolucion desde el Renacimiento y la Reforma, por toda la filosofía incrédula del siglo XVIII, y aun por los pretextos que hubieran podido ministrarle los privilegios y el poder de la nobleza, los desórdenes que desconceptuaron el reinado de Luis XV y aun la debilidad extrema de Luis XVI, se enloqueciese hasta el extremo de hacer correr á torrentes la sangre de sus hijos y conmovier al mundo; no lo seria, en verdad, que un pueblo nuevo, formado en la escuela católica y conservado sin contaminacion en sus creencias, en sus hábitos, costumbres, &c., por mas de tres siglos sin esa lejana corriente contaminadora de las herejías, los grandes cismas, el Renacimiento, la Reforma, la filosofía incrédula, que venia como empujando á la Europa al abismo, pudiese desear unos principios, una reforma y unas instituciones tan extrañas á su civilizacion como opuestas á sus creencias y á sus costumbres.

Más: cuatro quintos de nuestra poblacion son de indios, y éstos no saben nada de soberanía, libertad, reformas, garantías, derechos, ni quiénes han sido ni qué hayan hecho Lutero, Calvino, Bayle, Voltaire, Diderot y demas luceros del nuevo firmamento, y sería por lo mismo solo para echarse á reir el suponer, sabiendo lo que son los indios, que México desea con la mayor intensidad la libertad religiosa.

Esta infeliz mayoría de nuestra sociedad no conoce la nueva Era política de su país sino por la pérdida de sus antiguos privilegios, de sus inmunidades de sufrir gabelas, contribuciones, contingentes de sangre, por la ruina de su propiedad, perdida al calor de sus nuevos derechos, &c., &c. Este pueblo no sabe otra cosa, y nada remoto sería que aun el noble sentimiento de la independencia nacional fuera casi extraño para él. ¿Cómo suponerle, pues, haciendo con sus deseos un eco entusiasta á las teorías de Rousseau, á las declamaciones de Mirabeau y á los horribles ensayos de Robespierre?

No seguiremos adelante; prescindiremos aun de muchas reflexiones, á cual mas obvia para cuantos conocen medianamente nuestra sociedad, y á cual mas demostrativa para refutar concluyentemente los conceptos de que nos ocupamos. No hablaremos de la espontaneidad y presteza con que las clases todas del pueblo han manifestado constantemente sus sentimientos católicos, su amor á la Iglesia, y la profunda pena que le causan las persecuciones suscitadas contra ella, de su religiosa solicitud por atender al culto, princi-

palmente cuando la demagogia entronizada se esfuerza mas en abolirle, del desprecio y horror con que abandonaba los templos cuando veia celebrando misa á algun sacerdote intruso, del regocijo con que recibe y el acatamiento con que ve á los Prelados de la Iglesia. No harémos notar que la Revolucion, cuyos criminales provechos se han reducido á enriquecer á algunos extranjeros y mexicanos, ni aun ha presentado á la masa popular el aliciente del robo. No harémos valer el hecho de los incendios, levas, extorsiones, abandono y demas cosas que tienen abrumadas á todas las clases: esa agricultura sin brazos y sin garantías, ese comercio sin vida, esa falta de seguridad, esa existencia precaria, y tantos y tantos males como pesan sobre este desgraciado país, brotando todos, como de la Caja de Pandora, de los principios y los hechos de esta revolucion desastrosa, porque nos haríamos interminables. Nuestro pueblo tendrá otros defectos, no siendo poco notable el de su extrema pasibilidad para sufrir los reiterados golpes de tantas oligarquías opresoras, la constante burla de estarle esclavizando á nombre de la libertad, inquietando á nombre de la seguridad, robando á nombre de la propiedad, privándole de sus recursos, de su industria, de sus medios de subsistencia, y hasta del desahogo para adorar á Dios, á nombre de las luces del siglo, de la reforma y del progreso. Pero no se le haga la injuria de suponerle, ó tan torpe y tan idiota que no conozca esta ridicula y sangrienta farsa, ó tan loco, que ame con pasion el hierro que le encadena y el tósigo fatal que le conduce á la muerte. Si el Sr. Aldham desea introducir esa libertad religiosa y esos elementos fecundos de felicidad, que busque otro pueblo, pues no hallará ciertamente disposiciones para esto en la Nacion mexicana.

### §. XIII.

SOBRE LA SITUACION MORAL DEL CLERO, LA SOLICITUD CONSTANTE DE LA IGLESIA EN MEJORARLA, LOS OBSTÁCULOS QUE LE HA OPUESTO LA REVOLUCION, Y LA COOPERACION QUE PUEDEN Y DEBEN PRESTAR EN ESTA LÍNEA LOS GOBIERNOS TEMPORALES.

Abordamos á la parte mas delicada de todo, conviene á saber: la situacion moral del clero, las necesidades y los medios de su reforma, no por lo que sea en sí misma la cuestion, sino por los motivos que la provocan y por pertenecer nosotros á la clase calumniada. Sin embargo, limitándonos á exhibir argumentos, cuyo valor intrínseco

subsiste con independencia de nuestro estado, podrémos decir á los replicadores pertinaces y maníacos: "Dejad á las personas, y fijáos en los hechos y sus consecuencias."

Es un axioma generalmente recibido, pues pertenece á la categoría de los primeros principios de la moral y de las leyes, que la defensa es natural. Segun esto, léjos de extrañarse, debia reconocerse como lo mas consiguiente y obvio que un individuo del clero, usando de este derecho, emprendiese, cuando el caso lo pida, la defensa de la clase á que pertenece. Hai empero tres consideraciones que sirven de motivo á la precaucion que tomamos, de independer nuestros discursos de nuestras personas. Es la primera, que el buen criterio moral, que no pocas veces encuentra las mayores luces en el conocimiento profundo de los grandes fines á que atiende con sus reglas y procedimintos económicos la institucion católica, se estrella no pocas veces contra la política impía, el espíritu de secta, la táctica de la Revolucion y aun la natural indiferencia del siglo: cosas que nos aconsejan ser en gran manera cautos, para impedir las falsas inducciones que no dejarían de hacer los enemigos del clero, confundiendo los intereses y tendencias que atribuyen á su personalidad, con la fuerza de los principios, la fuerza de los hechos y la fuerza de las deducciones. La segunda es, que, no siendo los ataques al clero intencionalmente personales, sino mas bien una insidiosa táctica, para batir con mejor éxito el ministerio que ejerce, la institucion divina á que pertenece y los grandes intereses católicos del mundo, es preciso desmascarar al enemigo, darle á conocer, y privarle de las ventajas que busca en el carácter ostensiblemente personal de sus ataques. La tercera es, que, no representando nuestra defensa una proposicion contraria á la del ataque, sino una contradictoria estrictamente lógica, debemos declinar todo lo que no es de institucion, y principalmente cualquiera cosa que diese un pretexto á nuestros enemigos para suponernos y batirnos con buen éxito en el campo de una simple contrariedad. Sábese mui bien que, si dos proposiciones contrarias no pueden ser al mismo tiempo verdaderas, pueden sí ser al mismo tiempo falsas; y por lo mismo, si los enemigos de la institucion católica no se cansan de acusar al clero en masa diciendo, que todo él está corrompido, no serémos nosotros quienes, para combatirlos, opongamos el aserto de que todo él es un cuerpo de santos.

Jesucristo, uniendo la gracia y la naturaleza, el ministro y el hombre en cada eclesiástico, dejó intacto el poder de la primera, las condiciones de la segunda, y por lo mismo los resultados de una y otra, segun que se concierten en su accion, ó que falte este

concierto. No nos intimida, pues, la naturaleza con sus debilidades en presencia del combate que la institucion católica sostiene con la Revolucion: bástanos la accion de la gracia y el carácter divino del ministerio, como dos elementos de crítica, para reducir á la ignominia del silencio á todos los enemigos de una clase tan respetable.

"Todo eclesiástico debe ser un santo:" está bien; pero igualmente debe serlo todo cristiano: porque la vocacion á la santidad, que engendra el deber de caminar á la perfeccion, es comun á los eclesiásticos y á los seculares. "No todos los eclesiásticos son santos:" certisimo tambien; pero lo mismo sucede por la otra parte, donde la maldad toma tales proporciones, gana tanto terreno y persevera con tal tenacidad, que en cada nacion, en cada ciudad, en todas partes, siglo por siglo, año por año, dia por dia y hora por hora, encontramos una sólida confirmacion de esta sentencia de Jesucristo: *Muchos son los llamados, y pocos los escogidos*. Pero este es precisamente el flanco débil del campo enemigo: porque, si en buena lógica un argumento que prueba mucho, nada prueba, basta el sentido comun para comprender que el ataque descargado contra el clero por la Revolucion, con armas tomadas en el arsenal de las miserias, debilidades, &c., de la naturaleza humana, es para que ninguno quede en pié, y para que los eclesiásticos pudiésemos decir á nuestros antagonistas: "Está bien, disparad; pero morid primero, ó á lo ménos muramos todos." Esto es lógico; pero lo peor de todo es, que, no habiendo sido los hombres mejores, sino incomparable y universalmente peores, ántes de la venida de Jesucristo, y habiéndolos aceptado este Divino Maestro, en su calidad de Redentor para salvarlos, de Instituyente para elegirlos, y de Autor de la gracia para responder á todos los ministros atribulados, con las propensiones, y miserias, y tentaciones de la naturaleza humana, en la persona del Apóstol: "No temáis: mi gracia os basta; la virtud se acrisola en la tribulacion;" lo peor es, repetimos, que, despues de la muerte de las personas, quedaria en pié la institucion y el instituyente, la gracia y sus atributos, la trasformacion de la humanidad por el cristianismo, el panteon de las grandes virtudes, la galeria de los héroes formados por el Evangelio, como enemigos por combatir, ó mas bien, como un ejército de fantasmas que no pueden causar la menor inquietud á nuestros reformistas.

Entremos, pues, en esta desagradable materia, ya que á ello nos obliga el terrible cargo del Sr. Aldham, que sustancialmente no es sino el eco de un siglo enconado contra la Iglesia católica y su ministerio.

Hemos hablado ya en los párrafos III y IV de los vicios que se

imputan al clero mexicano y de su pretendida riqueza; y por tanto nos limitaremos aquí á decir algo acerca de su reforma, formulando nuestro discurso en las cuestiones siguientes:

Primera: El clamor de la Revolucion por la reforma del estado eclesiástico ¿es sincero?

Segunda: Dado caso que lo fuese, ¿esta reforma puede ser efectuada por el Gobierno secular?

Tercera: ¿La conducta de la autoridad eclesiástica da ó ha dado motivos para buscar fuera de ella los elementos propios y la eficacia de los medios para tal reforma?

Cuarta: ¿La decadencia, poca ó mucha, de esta respetable clase viene de su institucion y accion propias, ó del nacimiento y progresos de la revolucion?

Quinta: Si viene de esta, y no de aquellas, ¿á quién toca allanar los obstáculos?

Hé aquí una serie de cuestiones que, sin obligarnos á repetir lo que ya dejamos dicho en los párrafos III y IV en defensa del Estado eclesiástico, nos ministra los medios de ampliar con motivo de su reforma nuestras observaciones, con el fin de manifestar toda la malignidad y falacia de estas acusaciones, el espíritu de impiedad con que se hacen, la excesiva corrupcion que suponen de parte de sus autores, de precaver al pueblo contra sus funestos efectos, y de mostrar á toda luz que solo la Iglesia posee el celo, el espíritu, el poder y la voluntad que se requieren, para emprender y efectuar esta reforma, que nunca ha dejado de procurarla, y que, cuando los frutos no corresponden á su labor, esto debe atribuirse, no á falta de celo y eficacia por parte suya, sino á los esfuerzos de la Revolucion por corromperlo todo, por desquiciar la institucion católica, por debilitar y aun destruir la accion de la Iglesia sobre los pueblos.

Comenzando, pues, por la primera cuestion, la resolvemos negativamente: porque ese clamor contra la pretendida corrupcion y por la reforma del clero es, no un sincero deseo de que se reformen las costumbres mediante la grande influencia de un clero sabio y virtuoso, sino un grito de alarma, para infundir á los pueblos desconfianza y desprecio hácia el poder canónico de la Iglesia y la accion de su ministerio, corromper las masas, y disponerlo todo para la apostasia universal y el desquiciamiento absoluto de la sociedad.

Este enemigo, que combate hoy al mundo católico y social, "no es una conspiracion ordinaria, una revolucion como otras tantas, no; es la *Revolucion*, es decir: la desorganizacion fundamental, el *aniquilamiento* completo del catolicismo, y aun de la *idea cristiana*."

"A esta victoria, dicen,<sup>1</sup> solo se llega de combate en combate. Tened, pues, siempre los ojos abiertos y fijos sobre lo que pase en Roma. *Emplead todos los medios para hacer impopular á la gente de sotana*..... Agitad con motivo ó sin motivo; pero agitad. Esta palabra encierra todos los elementos del éxito..... Para matar con toda seguridad al mundo viejo, hemos creído preciso *ahogar el germen católico y cristiano*..... Halaguemos todas la pasiones, *las mas perversas, como las mas generosas*."<sup>1</sup>

De la manifestacion de los fines ó miras de la Revolucion pasan sus grandes gefes á la enunciacion de los medios.

"Está decidido en nuestros consejos, dicen, que no ha de haber mas cristianos. Popularicemos el vicio en las masas. Estas deben respirarlo por todos los cinco sentidos: que lo beban, que se harten de él. Formad corazones viciosos, y no tendréis mas católicos.

"La *Venta suprema* resume en estas palabras esta infernal conjuracion. "Lo que hemos emprendido es la corrupcion *en grande escala*; la corrupcion del pueblo *por medio del clero y la del clero por medio de nosotros*: *La corrupcion que nos permitirá un dia llevar la Iglesia al sepulcro*.... El mejor puñal para herir á la Iglesia es la corrupcion. ¡Adelante, pues, hasta el fin!"<sup>1</sup>

Esto es bastante claro y explícito, es un argumento *ad hominem*, pues que se funda en el texto mismo de los planes de esta conjuracion general contra la fe y la moral cristiana. Léjos, pues, de que haya en el ánimo de aquellos que lanzan tan horribles clamores contra la pretendida universal corrupcion de una clase tan venerable, un sincero deseo de verla perfecta y santa, se quiere corromperla toda, y convertirla de este modo en agente de la corrupcion del pueblo, y ya que no sea posible conseguir lo primero, porque Dios y su gracia pueden y podrán siempre mas que la Revolucion, se le supone tal como se quiere que esté, se le supone corrompido, y mediante la mentira y la calumnia se le difama, para debilitar paulatimamente, hasta destruir por completo, su accion religiosa y moral sobre las masas. No se para en los medios con tal que conduzcan á la consumacion de sus horribles planes.

"Para pervertir á los cristianos, para estirpar el espíritu católico, se sirve de la educacion, que maléa; de la enseñanza, que envenena; de la historia, que falsifica; de la prensa, de la que hace el uso que todos saben; de la lei, cuyo trage adopta; de la política, á quien

<sup>1</sup> Son palabras de la misma Revolucion, por el órgano de sus grandes clubs y de sus principales agentes.

inspira; de la Religión misma, de la cual toma algunas veces las es-  
terioridades, para seducir las almas. Se sirve de las ciencias, y en-  
cuentra medio de que éstas se rebelen contra el Dios de las cien-  
cias; se sirve de las artes, las cuales bajo su influencia mortal pro-  
ducen la perversion de las costumbres públicas y la deificación de  
la sensualidad.

“A Satanás, con tal que logre su objeto, poco le importan los  
medios que emplea. No es tan escrupuloso como se cree, y sus  
amigos tampoco lo son.

“Sin embargo, puede decirse que el carácter de los ataques de la  
Revolucion contra la Iglesia es la audacia y la mentira. Por la au-  
dacia hace flaquear el respeto al Papa, vilipendia á nuestros Obis-  
pos y Sacerdotes, bate en brecha las instituciones católicas mas ve-  
neradas; y con la mentira, repetida sin rebozo, prepara la ruina de  
las sociedades, fascinando á las masas, siempre poco instruidas y  
poco acostumbradas á sospechar de la buena fe de los que les ha-  
blan.

“Sobre mil personas seducidas por la Revolucion novecientas no-  
venta y nueve son víctimas de esta táctica odiosa.”<sup>1</sup>

¿Será extraño, pues, que las odiosas calumnias contra el clero ha-  
yan tomado tal cuerpo y tan colosales proporciones, que presenten  
el fenómeno de una copa de agua convertida en un lago? ¿Será extra-  
ño que con tan vivo empeño se clame contra los vicios del clero, ya  
que no se haya podido convertirle en instrumento de la corrupcion  
del pueblo? ¿Merecerá crédito alguno la odiosa difamacion, cuando  
se saben los motivos que la determinaron? ¿Habria esta grita rabio-  
sa, si en efecto el clero estuviese corrompido en masa, cuando esto  
es precisamente lo que desea y procura la Revolucion? ¿Deberá  
ningun hombre sensato estimar en algo este declamar de los revol-  
tosos acerca del estado eclesiástico, siendo público y notorio, que  
apénas aparece alguno de aquellos clérigos cuya relajacion llega  
hasta el extremo de hacer causa comun con los enemigos de la Igle-  
sia, le llenan de elogios, de honores y distinciones, proponiéndole  
como un modelo perfectísimo en todas líneas? Al contrario: estos  
clamores calumniosos deben ser desechados con tal resolucion, que  
para creer algo de lo que constituye á un mal sacerdote calumniado  
por los demagogos, es necesario tener pruebas de otro género, y aun  
capaces de destruir la presuncion que engendra en su favor el solo  
hecho de ser calumniado.

Los agentes de la Revolucion están tan léjos de creer lo que di-

<sup>1</sup> Segur. La Revolucion. Párrafo VI.

cen y propagan, que precisamente piensan lo contrario. “Los sacer-  
dotes, dicen ellos, son gentes de buena fe: mostrados como pér-  
fidos y desconfiados. Las masas han tenido en todo tiempo una  
“gran propension á creer todos los errores y necedades. Engañad-  
“las, les gusta ser engañadas.....”<sup>1</sup>

“Una palabra que se inventa con habilidad y que con maña se sa-  
“be esparcir entre ciertas familias honradas y escogidas, para que  
“de ahí baje á los cafés, y de los cafés á las calles, un mote de es-  
“ta especie puede algunas veces matar á un hombre.

“Si donde estuviéseis os encontráis con alguno de aquellos Pre-  
“lados que ejerza alguna funcion pública, tratad de conocer en se-  
“guida.... sobre todo sus defectos. Rodeadlo de todos los lazos  
“que podáis tenderle, creadle una de aquellas reputaciones que es-  
“pantan á los niños y á las viejas; pintadlo cruel y sanguinario....  
“Cuando los periódicos extrangeros recojan por medio de nosotros  
“estas relaciones.... haced ver estos periódicos en que se refieren  
“los nombres y los excesos tramados de estos personajes.... Con  
“un periódico en la mano, el pueblo no necesita otras pruebas. Se  
“encuentra en la infancia del liberalismo, y cree en los liberales.”<sup>2</sup>

Hé aquí mas explicita la Revolucion en sus medios y en su táctica:  
hé aquí el valor de sus apologías hipócritas del siglo de oro del  
cristianismo, de sus declamaciones contra la pretendida corrupcion  
general del clero, de sus patrióticas exhortaciones á los gobier-  
nos temporales para que acometan á la noble y santa empresa de  
reformularle á su modo.

Mas no pára todo aquí. La Revolucion, tan detestable y odiosa  
en sus planes cuando son conocidos, como artificiosa en su táctica  
para no alarmar á los pueblos, é insinuante y dulce en su lengua-  
je, y atractiva con sus encantadoras promesas, ha hecho ya infinitos  
estragos, no siendo el menor de todos el haber logrado convertir en  
agentes suyos á muchas personas que, sin conocerlo, sin sentirlo y  
creyéndose bien impuestas é informadas, hacen eco á las declama-  
ciones contra el clero, no miran con gran pena el despojo de la Igle-  
sia, ni se alarman extraordinariamente á la vista de sus persecu-  
ciones.

“Si la Revolucion se mostrase tal cual es, advierte á este propósi-  
to el Illmo. Sr. Segur en su opúsculo citado, párrafo IX, espanta-  
ria á todas las gentes honradas: por esto se oculta bajo nombres  
respetables, como el lobo bajo la piel de oveja.

<sup>1</sup> El corresponsal de Ancona á la Venta suprema.

<sup>2</sup> Instruccion secreta de la Venta suprema. Extractos del opúsculo de Monseñor  
de Segur, intitulado: La Revolucion.

“Aprovechando el respeto religioso que la Iglesia imprime hace diez y ocho siglos á las ideas de libertad, de progreso, de lei, de autoridad y civilizacion, la Revolucion se adorna con todos estos nombres venerados, y seduce de este modo á una multitud de espíritus sinceros. Si se la escucha, no parece sino la felicidad de los pueblos, la destruccion de los abusos, la abolicion de la miseria: promete á todos el bienestar, la prosperidad, y no sé que edad de oro desconocida hasta hoi.”

Nadie mas cauteloso que la Revolucion para impedir el ser descubierta en su verdadero espíritu por alguna imprudencia. Hé aquí una prueba: “A la juventud, dicen sus primeros directores, debemos dirigirnos: debemos seducirla, debemos alistarla, sin que se aperciba, bajo nuestras banderas. Que nadie penetre vuestros designios, no os ocupéis de la vejez, ni la edad madura; id á la juventud, y, si es posible á la infancia. Nunca tengáis para ella una palabra impía ó licenciosa: guardáos bien de esto, por el interés mismo de la causa. Conservad todas las apariencias del hombre grave y moral. Una vez hecha vuestra reputacion en los colegios, gimnasios, universidades y seminarios; cuando hayais obtenido la confianza de profesores y estudiantes, acercáos principalmente á aquellos que se afilien en la milicia clerical. Excitad, exaltad estas naturalezas tan llenas de ardor y de orgullo patriótico. Ofrecedles al principio, pero siempre en secreto, libros inofensivos, y así llevaréis poco á poco vuestros discípulos *al grado de madurez que queréis obtener*. Cuando este trabajo de todos los dias haya esparcido nuestras ideas, como la luz, por todas partes, entónces podréis apreciar la sabiduría de esta direccion. Formáos una reputacion de buen católico y patriota puro; esta reputacion facilitará la propagacion de nuestras doctrinas entre el clero jóven y en el fondo de los conventos. En algunos años, este clero jóven llegará á ocupar todos los puestos por la fuerza de los acontecimientos.”<sup>1</sup>

Sin haber hecho mas que un ligero extracto del interesante opúsculo de Monseñor de Segur, para tomar allí algunos de los testimonios que nos dan contra sí mismos los agentes principales de la Revolucion, en esos documentos secretos que ha logrado sorprender en diferentes tiempos la policia en algunos Estados de Europa, tenemos lo necesario para concluir, con toda la evidencia lógica de una deducccion bien formada, que todas esas declamaciones tan audaces como frecuentes contra la pretendida corrupcion general del

1 Instruccion secreta de la *Venta suprema*.

clero, no son mas que los medios puestos en práctica por la Revolucion misma, para desvirtuar completamente la accion del ministerio católico sobre la masa de los pueblos, y en el órden público su influencia moral, que tanto ha contribuido en todas partes y en todos tiempos á la firmeza del Estado, á la consolidacion del órden, á la conservacion de la paz y á la prosperidad bien entendida de las naciones.

Léjos de entrar en las miras de la Revolucion la reforma eclesiástica, desea mas que todo, que haya una verdadera corrupcion en el clero hasta el extremo de poderle servir de instrumento para el trastorno completo de la sociedad. Sabe mui bien que ésta descansa en las bases de la fe y de la moral, que se conserva por el magisterio dogmático, la autoridad canónica, la predicacion cristiana, el culto divino, los sacramentos y la vigilancia continua de ese ministerio que es todo gloria para Dios y felicidad para el hombre, verdad infalible y universal para el entendimiento, escuela de virtud para el corazon, regla para la conducta, firmeza para las leyes, eficacia para las obligaciones, garantía para los derechos, código comun para la perfeccion del individuo y bienestar político y civil de la sociedad. Colacionando las dos grandes épocas de la historia, siguiendo la filiacion de sus diferencias esenciales para sorprender su causa, y viendo la causa de todo lo que la época moderna ofrece de mas sabio y moral, de mas firme y estable, de mas autorizado y digno en la institucion católica, se empeña en minar esta institucion misma, esta religion tan fecunda para los bienes del espíritu, como para los bienes temporales; y como esta religion, esta institucion católica se sostiene por el clero en toda su gerarquía, combate al clero de todas maneras y con todas armas, bien segura de que su derrota, su extincion, su descrédito, refuye todo sobre la misma institucion de Jesucristo. Síguese de aquí rectísimamente, que la voz de reforma dada á los pueblos acerca del clero, no representa lo que significa, no supone los deseos de añadir á la fuerza de su vocacion la fuerza de su virtud, sino el empleo de una arma escogida para combatirle mejor, el empleo de la calumnia, la difamacion, la mentira, para presentarle á los ojos de los pueblos tal como ella quiere que sea; estúpido, perverso, corrompido, gangrenado hasta el extremo de no alcanzar medicina, de *no poderse reformar por sí mismo*, como dice el Señor Capitan, de necesitar pasar por el sepulcro para llegar segunda vez á la vida.

¿Qué se infiere de todo esto? Que esa multitud de especies artificioosamente propagadas, ya en el seno de las familias, ya en los lugares de pública concurrencia, ya en los periódicos de mayor circula-

cion, contra una clase tan autorizada y respetable, tan laboriosa y benéfica, tan atribulada como paciente, léjos de ser un argumento capaz de desconceptuarla, engendran una presuncion vehemente á favor suyo, y bastan por sí solas para concluir todo lo contrario de lo que afirman. Síguese en segundo lugar, que para hacer una apreciacion exacta sobre la situacion moral del estado eclesiástico en un pais, no deben mirarse las voces de la Revolucion sobre la corrupcion del clero y la necesidad de su reforma sino como la calumnia en sus dimensiones mas colosales, sirviéndose simultáneamente de la maledicencia y de la hipócrisia para exterminar del todo la consideracion y el respeto de los pueblos al sacerdocio. Síguese por último, que, no siendo el clero un cuerpo de ángeles sino de hombres, y debiendo haber por lo mismo en este cuerpo enfermedades y miserias hijas de las pasiones y debilidades propias de la naturaleza, los datos para conocerle y juzgarle, se han de buscar, no en los clamores de una secta maldita, interesada en que todo este cuerpo esté corrompido, y suponiéndole tal en su despecho, al ver que no lo está, sino en otra parte, conviene á saber: en las reglas de una crítica imparcial, de una crítica sana y concienzuda, de una crítica que busca la parte enferma para curarla, y no para matar la parte sana, y que, dando lo que toca, ya á la gracia unida con la naturaleza, ya á la naturaleza cuando corresponde á la gracia, ó cuando se aparta de ella, entrando en las consideraciones religiosas, morales y sociales, y examinando las bases divinas y humanas sobre que descansa en la tierra el gran edificio del ministerio, juzga con pleno conocimiento de causa, y pronuncia un fallo apoyado en la verdad, autorizado por la justicia y en gran manera provechoso para el ministerio y para los fieles.

Partiendo de estas consideraciones, y repitiendo aquí lo que al principio dijimos, que vamos á oponer á esa odiosa calumnia, de que nuestro clero está corrompido en masa, no una proposicion contraria, sino una estricta contradictoria, harémos algunas reflexiones fundadas en principios y hechos incontestables, las cuales probarán que, si en este cuerpo hai individualidades que por desgracia fundan una censura, si de hecho el clero no puede tenerse como una reunion, ó conjunto de santos, está mui léjos de ser lo que se le supone, y no es posible que llegue al grado de una corrupcion incurable, en su clase de cuerpo moral.

Sábase mui bien, que en el apostolado hubo un Júdas traidor, suicida y réprobo; pero que esta circunstancia nada concluye, ni contra la institucion, ni contra el cuerpo moral que formaban los apóstoles. Sábase otra cosa, que en este cuerpo hubo un Pedro que

negó á su Divino Maestro, y aun apeló al juramento para sostener su dicho; pero que, herido en su corazon por una mirada de misericordia, lloró amargamente, se purificó en su penitencia, hundió su virtud á mas profundos cimientos y mereció ser la piedra escogida por el mismo Jesucristo para fundar su Iglesia. ¡Pobre de Pedro, si hubiera caido en manos de la Revolucion, y dichoso Júdas, pues cuando ménos habria sido colocado por ella frente á la falange civilizadora que habia de levantar sobre las ruinas del viejo cristianismo el suntuoso edificio de la flagrante filosofia!

Es tambien mui sabido que desde los primeros siglos de la Iglesia no ha dejado casi de haber época ninguna en que esta Santa Madre no haya tenido que deplorar en el cuerpo de los eclesiásticos errores y vicios que la han llenado de amargura, y puesto en accion todo su celo para procurar la estirpacion de unos y otros con una oportuna reforma. La historia de las herejías, la de los grandes cismas, la corrupcion de la edad média son una prueba de esta verdad. Pero es igualmente cierto que en todos tiempos ha habido en este ilustre cuerpo virtudes eminentes; que de su misma labor ha salido la luz que ha disipado las tinieblas de la ignorancia y el error, y de su espíritu los grandiosos planes de reforma, y de su celo y ejemplo los fecundos medios de realizarla; que sus contaminaciones han dependido en gran parte de su siglo, pero los elementos de su restauracion han estado siempre en él; que por mui lastimada que haya estado su moral, siempre ha sido, comparativamente con el resto de la sociedad, la clase mas morigerada y la mas abundante en virtudes; que en todos los siglos ha habido santos, varones insignes por su saber y su virtud, y que, aun en medio de su decadencia mayor, que fué la edad média, él y solo él era quien conservaba el depósito de los mejores principios, de las mejores máximas, quien salvó los restos del antiguo saber, y contenia ese foco de luz que hizo reaparecer con un esplendor mas vivo, las ciencias, las letras y las artes.

Examinense uno por uno los datos que deben servir á la crítica, para guiarla por los caminos bien difíceles que conducen el juicio al descubrimiento de la verdad, y fundan un fallo justo en materia de costumbres: la vocacion, la preparacion, el exámen é inquisicion prévia, la distribucion del clero, el influjo y accion de su gerarquía, la naturaleza y laboriosidad extrema de sus funciones, su mediocridad en materia de recursos, su carácter naturalmente pacífico y subordinado, la gracia del estado, las inspiraciones que nacen de su mismo ministerio; descíndase de aquí á considerar las persecuciones que ha sufrido, los halagos y seducciones que ha resistido, el

corto y casi insignificante número de los desgraciados que han sucumbido á las fuertes, constantes y terribles asechanzas de la Revolución, &c., &c., y estamos seguros de que el crítico mas severo, por mui prevenido que esté contra esta clase, tendrá que recoger velas, como suele decirse, recibir el toque de un solemne desengaño, y decir con tanta franqueza como verdad: "No es el clero tal como se le supone: es calumniado con tanta injusticia como ingratitud, y á pesar de los vicios de que adolece una parte de sus miembros, el cuerpo en lo general es la clase mas moralizada, mas benéfica y laboriosa de la sociedad." Esta no es una suposicion, sino un hecho que se ha repetido centenares de veces. Muchos de los mismos que han servido á la Revolución, han dejado algunos testimonios mui honrosos en favor del clero despues de su desengaño.

"El mundo, dice Bernardino de San Pedro, y téngase en cuenta que no era un capuchino, mira el dia de hoy con envidia, y digámoslo de una vez, con odio á la mayor parte de los sacerdotes. "Debiéramos hacernos cargo que ellos son hijos de su siglo, como los otros hombres. Los vicios que se les atribuyen pertenecen en parte á su Nacion, al tiempo en que ellos viven, á la constitucion política del Estado y á su educacion. Los nuestros son franceses como nosotros; ellos son nuestros padres, nuestros parientes, sacrificados frecuentemente por la ambicion de nuestra propia fortuna: si estuviéramos encargados de sus deberes, los desempeñaríamos mas mal que ellos. No conozco deberes tan penosos ni tan dignos de respeto, como los de un buen eclesiástico. No hablo de los de un Obispo, que vela sobre su diócesis, que forma sabios seminarios, que mantiene el orden y la paz de las comunidades, que resiste á los malos y soporta á los débiles, que está siempre dispuesto á socorrer á los desgraciados, y que en este siglo del error refuta á los enemigos de la fe con sus propias virtudes. El está recompensado por la estimacion pública. Nada digo tampoco de los de un Párroco, que atraen á veces por su importancia la atencion de los Reyes. Hablo solo de un simple y oscuro vicario de parroquia, ó teniente de cura, en quien nadie fija la atencion. Él sacrifica los placeres y la libertad de su juventud á los mas penosos y molestos estudios, soporta en todos los dias de su vida la continencia en mil ocasiones propias para perderla, y rechaza sin cesar, sin testigos, sin gloria, sin elogio, la mas fuerte de las pasiones y la mas dulce de las inclinaciones. Por otra parte, está obligado á exponer diariamente su vida en las enfermedades epidémicas. Es necesario que confiese teniendo su cabeza sobre la cabeza de un enfermo apestado de viruelas, de fiebre

"pútrida, (ó podrida.) Este valor oscuro me parece mui superior al valor militar. ¿Qué fortuna se promete de sus trabajos? una subsistencia frecuentemente precaria. ¿Qué indemnizacion recibe él de los hombres? tener que consolar frecuentemente á gentes que ya no tienen fe, ser el refugio de los pobres y no tener que darles; ser perseguido á veces por sus virtudes mismas; ver sus combates convertidos en desprecios, sus oficios en repulsas, sus virtudes en vicios y su religion en ridiculez. Tales son los deberes y la recompensa que el mundo da á la mayor parte de estos hombres, cuya vida el mismo mundo envidia."<sup>1</sup>

Estas consideraciones son bastante fuertes para persuadirse de que, por mucho que haya digno de censura entre algunos individuos pertenecientes al clero, su generalidad está bastante regularizada, y esto es suficiente para esperar con toda seguridad que, cesando los obstáculos con que ha tropezado aquí de muchos años á esta parte la accion reparadora de la Iglesia, la reforma completa, el nuevo esplendor de esta clase benemérita, sea un hecho incontestable. Mas tal reforma, por necesaria y urgente que parezca, no es ni puede ser nunca obra del Gobierno civil: porque ni Dios ha puesto á cargo de éste la mision dogmática, moral y canónica que dicha reforma supone, ni él cuenta con los medios propios y eficaces para efectuarla.

Es mui digno de notarse que nunca los gobiernos temporales han aspirado á reformar por sí mismos al clero, sino con el carácter de usurpadores de la autoridad eclesiástica y perseguidores mas ó ménos encubiertos de los ministros del Santuario. Mas, como de algunos siglos acá se han repetido tanto las declamaciones acerca del pretendido derecho del poder civil en este punto, conviene que digamos algo en confirmacion de nuestro aserto.

Hemos dicho en primer lugar, que la reforma del clero no puede ser obra del Gobierno temporal por falta de mision, y esto es tan claro que ni aun habria necesidad de demostrarlo, si el siglo no fuera tan ciego: porque, siendo la reforma del clero religiosa, moral y canónica por su naturaleza, el poder y la mision de hacerla se identifican absolutamente con la institucion de Jesucristo.

Á Él fué otorgado, como nos lo enseña, todo poder en los cielos y en la tierra: en Él reside, por lo mismo, la fuente del poder, el derecho de enviar, y fuera de Él no hai ni puede haber razon para la au-

1 Etudes de La Nature. Tom. 3, art. du clergé. Esta cita la hacian el Illmo. Sr. Obispo y Venerable Cabildo de Michoacan el año de 1799, en una Exposicion al Rei en defensa del fuero eclesiástico.

toridad, ni título para la misión: Él es el Mediador para reconciliar al hombre con Dios, el Enviado del Padre para dar una nueva y universal promulgación y una perfecta plenitud á la Lei divina, origen y razón de todas las leyes, fundamento de todas las obligaciones y garantía de todos los derechos. Luego, la institución, el régimen y la reforma de este cuerpo universal, que se llama *el clero*, solo puede hacerse por Jesucristo Señor Nuestro, ó por sus enviados, y por aquellos medios y con aquellas condiciones que Él mismo dejó establecidas. Ahora bien, estas verdades son tan obvias que, para desconocerlas ó negarlas, es preciso, no solo apostatar de la Iglesia, sino aun de ese falso cristianismo que se llama *Iglesia reformada*, supuesto que admite el Evangelio, y en el Evangelio están consignadas estas verdades.

Preguntamos ahora: ¿dejó acaso este Divino Instituyente cosa alguna por establecer y decidir en materia de títulos y misión, ya respecto de la Iglesia, ya respecto del Estado? No. Todo el mundo sabe, que dijo terminantemente: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*; y esta palabra es la gran síntesis de toda institución, el fundamento de todo derecho, la base de toda obligación. Hai, pues, entre los derechos de Dios y los del César, relativamente al sistema de los deberes correspondientes á la institución civil y á la institución canónica, una línea de separación tirada por el mismo Dios, é incapaz de borrarse por los hombres. Esta línea de separación demarca que hai cosas propias de la Iglesia, y cosas propias del Estado, una misión católica para gobernar la universalidad de los fieles en el orden de la religión y de la moral, y sobre la pauta de una disciplina propia, y una misión civil para gobernar á los pueblos en el orden puramente temporal, sujetando con las leyes las acciones externas del ciudadano segun lo exige la felicidad social, que es el fin de la institución civil.

Infiérese rectamente de lo dicho, que todo aquello que ha sido cometido á la Iglesia por el mismo Jesucristo su Fundador, no es ni puede ser del Estado, así como todo aquello que ha sido cometido al Estado, no es ni puede ser de la Iglesia. Luego nos basta señalar con precisión en el Evangelio aquellos lugares que fundan la misión y autoridad plena de la Iglesia en el orden religioso, moral y canónico, para demostrar que, perteneciendo á este orden la reforma del clero, no es ni puede ser en caso alguno de la competencia del Estado; y que, siendo consiguientes á la misión los medios de cumplirla, de nada serviría que un gobierno emprendiese tal reforma, pues le sería de todo punto imposible verificarla.

Jesucristo Señor Nuestro dijo terminantemente á sus apóstoles:

*Así como mi Padre me ha enviado á mí, así tambien yo os envío á vosotros.*<sup>1</sup> Luego la misión que Jesucristo recibió de su Eterno Padre, la trasmitió íntegra, no á los gobiernos temporales, sino á sus apóstoles, á la Iglesia católica. Luego la reforma del clero, ni de derecho ni de hecho puede ser obra del poder civil. Primera razón, fundada en la declaración auténtica de Aquel que es al mismo tiempo Fundador de la Iglesia y Supremo Legislador de la sociedad.

En segundo lugar: la reforma de un cuerpo moral no es otra cosa que la eficaz aplicación de los medios para curar los vicios de que adolece, y por lo mismo, los remedios deben ser del mismo género que las enfermedades. Las enfermedades físicas requieren antídotos físicos: luego las enfermedades morales requieren antídotos morales. Ahora bien: los vicios de que se trata, como cualesquiera otros, pueden venir del entendimiento, presa de la ignorancia y del error, ó de la voluntad, víctima de los sentidos y de las pasiones. Luego el restablecimiento de la salud del alma exige: primero, una luz que disipe todas las tinieblas; segundo, una fuerza que subyugue las pasiones, y un antídoto contra la corrupción moral.

El mundo estaba, cuando vino Jesucristo á la tierra, tan ciego, que moraba en las tinieblas, y tan corrompido, que yacía en las sombras de la muerte, segun la conceptuosa expresión del Profeta. Requería, pues, luz, sendero y principio vital: la primera para ver, el segundo para tener una dirección, y el tercero para adquirir la fuerza que requería su nueva y constante marcha á la felicidad. Por esto Jesucristo, en calidad de Salvador, se anuncia como la luz del mundo, diciendo: *que el que le sigue no anda en tinieblas*;<sup>2</sup> como el camino, añadiendo en seguida: *Nadie viene al Padre sino por mí*; como la verdad, para que comprendamos, que no hai medio entre él y la nada; y por último, como la vida.<sup>3</sup> Per esto dijo en otro lugar: *El que no permanezca en mí, será echado fuera como sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán, y arrearán al fuego, y arderá.*<sup>4</sup>

Pero bien, se nos dirá: habláis de Jesucristo, cuya santidad reconocemos, y nosotros hablamos del clero, cuyos vicios deploramos. ¿Qué responderemos á esto? que Jesucristo no ha sido ménos explícito tratándose del cuerpo docente y regente de su Iglesia llamado *clero*, porque: en primer lugar, se ha identificado con él en materia de autoridad y ministerio; en segundo, ha dejado bien establecida la

1 Joann. cap. XX, v. 21.

2 Joann. cap. VIII, v. 12.

3 Ego sum via, et veritas, et vita: nemo venit ad Patrem nisi per me. Joann. cap. XIV, v. 6.

4 Joann. cap. XV, v. 6.